

## LA ARQUITECTURA DEL SILENCIO

El primer síntoma no fue el silencio, sino la textura del aire. Julián estiró la mano hacia la mesilla de noche y, antes de tocar el despertador, sintió que sus dedos atravesaban una densidad desconocida, algo parecido a la resistencia del agua, pero sin su humedad. Al presionar el botón para apagar la alarma, el sonido no fue el habitual pitido estridente, sino un golpe seco y sordo, como si el tiempo se hubiera vuelto de cartón.

Julián era restaurador de frescos antiguos. Pasaba sus días subido a andamios, devolviendo el pigmento a santos descascarillados en cúpulas donde el eco era su única compañía. Conocía el valor de lo que permanece, pero esa mañana, mientras caminaba hacia la cocina, comprendió que algo en la física de su realidad se había desplazado tres milímetros hacia la izquierda. El café no goteaba; caía en esferas pesadas que tardaban una eternidad en romperse contra el fondo de la taza.

Se asomó a la ventana de su tercer piso en la calle del Coso. Zaragoza, abajo, se movía como una película proyectada a menos fotogramas por segundo. Los taxis no circulaban, se deslizaban con una inercia aceitosa. La gente no caminaba, parecía que cada paso fuera una negociación consciente con el asfalto. No había el estruendo habitual de las persianas metálicas subiendo ni el grito de los repartidores. El mundo se estaba espesando.

Decidió bajar. Necesitaba confirmar si su percepción era un fallo en su propia química cerebral o una claudicación del entorno. Al cerrar la puerta de su piso, el chasquido de la cerradura tardó tres segundos completos en llegar a sus oídos. El pasillo se sentía más largo, las paredes parecían exudar un gris más profundo, un color que no se ve, sino que se padece.

En el portal se cruzó con la señora Adela, la vecina del primero que siempre llevaba un carrito de la compra con las ruedas chirriantes. Hoy, el carrito no chirriaba. Adela lo miró con ojos acuosos, moviendo los labios a una velocidad que no correspondía con el sonido que emitía. Solo después de que ella hubo pasado junto a él, Julián escuchó un murmullo tardío: Hace un día... denso, ¿verdad? La voz de Adela sonaba como un disco de vinilo reproduciéndose a la mitad de su velocidad.

Julián salió a la calle. El aire tenía un sabor metálico, a cobre viejo y ozono. Se dio cuenta de que no era solo el sonido o la velocidad lo que fallaba; era la causalidad. Vio a un niño soltar un globo de helio en la acera de enfrente. El globo no ascendió rápidamente hacia el cielo; se quedó suspendido a la altura de los ojos, vibrando suavemente, como si el cielo se hubiera vuelto un techo sólido e impenetrable. El niño no lloró. Simplemente se quedó mirando el objeto estático, estirando un dedo para tocarlo, pero su mano se detuvo a un centímetro de la superficie plástica, repelida por una fuerza invisible de polaridad idéntica.

—Estamos perdiendo el rozamiento —susurró Julián para sí mismo. Su propia voz le sonó extraña, como si hablara dentro de una campana de cristal.

Caminó hacia la iglesia de San Gil Abad, donde estaba trabajando en la restauración de un querubín del siglo XVIII. Necesitaba estar cerca de algo que hubiera sobrevivido a los siglos, algo que tuviera peso real. Al entrar, la penumbra del templo era casi sólida. Los rayos de luz que se filtraban por las vidrieras no se proyectaban en el suelo, sino que formaban columnas de polvo dorado tangibles, que se podían rodear con los brazos como si fueran troncos de árboles de luz.

Subió al andamio. Sus herramientas; los pinceles de pelo de marta, los bisturíes, las esponjas de látex, pesaban el doble. Se acercó al rostro del querubín, cuya mejilla estaba perdiendo el tono rosáceo debido a una humedad antigua. Al tocar la pared con la punta del pincel, no sintió el yeso frío. Sintió un latido.

Julián retrocedió, haciendo oscilar el andamio. El movimiento de la estructura fue una coreografía lenta y angustiosa. No hubo el ruido del metal contra el metal, sino una vibración que recorrió su columna vertebral. Se dio cuenta de que el mundo no se estaba deteniendo por falta de energía, sino por un exceso de memoria. Cada objeto, cada partícula de aire, estaba tan cargada de historia, de ecos y de presencias pasadas que ya no quedaba espacio para el movimiento nuevo. El presente se había colapsado bajo el peso de lo ocurrido.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra el muro. En ese contacto, dejó de escuchar el silencio denso de la calle y empezó a oír las capas. Escuchó el roce del pincel del artista original en 1776, el susurro de una oración de una mujer que perdió a su hijo en 1812, el eco de un bombardeo que hizo temblar estos mismos cimientos en 1936. Todo estaba allí, ocurriendo a la vez, ocupando el mismo espacio físico, convirtiendo la materia en algo rígido y saturado.

Comprendió entonces su propósito. No era restaurar el color, sino aliviar la carga.

Con un movimiento instintivo, Julián no usó el bisturí para limpiar la superficie, sino que usó sus manos desnudas. Empezó a acariciar el muro, no para quitar la suciedad, sino para reconocer el peso. Con cada caricia consciente, con cada aceptación del pasado, sentía que la densidad disminuía ligeramente. Era un acto de presencia absoluta. No se trataba de olvidar, sino de ordenar el caos de la memoria para que el presente pudiera respirar.

Pasaron horas, o quizás minutos que se dilataron hasta cubrir una vida. Cuando Julián bajó del andamio, sus manos estaban teñidas de un polvo plateado que no pertenecía a ninguno de sus pigmentos. Salió de la iglesia.

Afuera, el globo del niño finalmente se había elevado, perdiéndose como un punto rojo contra el azul del cielo Zaragozano. Los taxis volvían a rugir con su impaciencia característica y el aire había recuperado su transparencia invisible. La señora Adela pasaba de vuelta con su carrito, y el chirrido de las ruedas le pareció a Julián la sinfonía más hermosa del mundo.

Se detuvo en medio de la acera, dejando que la gente lo esquivara con prisas y empujones. Sintió la ligereza del aire en sus pulmones y la maravillosa fragilidad del ahora. Entendió que el mundo se detiene cuando dejamos de prestar atención a los detalles, cuando permitimos que la rutina acumule polvo sobre los milagros cotidianos hasta que estos se vuelven demasiado pesados para moverse.

Se miró las manos. El polvo plateado había desaparecido, absorbido por su piel o dispersado por el viento. Julián sonrió, metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar, no como quien huye del tiempo, sino como quien, por primera vez, sabe exactamente cómo habitarlo. Al final de la calle, el

sol de la tarde golpeó un charco de agua, y por un segundo, el reflejo no fue solo luz, sino la prueba de que el mundo, a pesar de su peso, todavía era capaz de flotar.